

Alerce

Año 8, N° 72, agosto de 2020. Director: David Hevia

Lotty Rosenfeld: las artes dirigiendo el tránsito a la libertad

David Hevia

Carlota Rosenfeld Villarreal (1943-2020), cuyo nombre quedó impreso en nuestros diálogos y en la historia de las artes contemporáneas como Lotty Rosenfeld, ha fallecido a los 77 años de edad, dejando a su paso la huella imborrable de su obra, el estremecedor eco de su mensaje y el fecundo horizonte de una lección de vida.

La primera vez que tuve el honor de compartir actividades con ella, Lotty ya era la incansable creadora que Chile y el mundo alcanzó a conocer: la brillante discípula de Florencia de Amesti, Eduardo Vilches y Kurt Herdan en la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad de Chile; la mano alzada que fundara, junto a Fernando Balcells, Juan Castillo, Diamela Eltit y Raúl Zurita, el señero Colectivo de Acciones de Arte (CADA); la incansable voz de las formas, que había pasado del grabado a la exploración de las intervenciones, empapando el territorio a través de la videoinstalación y la performance. De hecho, ya habían pasado algunos años desde que *Una milla de cruces sobre el pavimento* (1979) se convirtiese en el incombustible viaje por el orbe con que esa obra suya desenfundó las armas del trazo callejero contra la dictadura.

“No soy mujer de palabras, sino de imágenes”, nos advertía con frecuencia, aunque esas imágenes que amasó siempre hablaron con fuerza y convicción, es decir, con certera expresión en tiempos de tanta incertidumbre. Fue por entonces la inclinación por la fotografía la que nos acercó, salvando las brechas generacionales y revelando en el cuarto oscuro lo que pasaba allá afuera, porque ella

no estaba dispuesta a ser encasillada y encajonada en los muros de una galería o de un museo. Su propósito era, al contrario, conversar con los transeúntes y abrazarlos, azuzando en cada uno de ellos la condición ciudadana.

Y es que su cometido estético y su lucha iban mucho más allá de la resignificación: para ella la proyección de la línea allí, en plena ciudad, entrañó la posibilidad de remontar desde el signo hasta el símbolo, y desde este último seguir desdibujando las fronteras con miras a desplegar una reflexión que permitiese a las personas cuestionarse la cotidianeidad de la obediencia, al tiempo que imaginar, intuyendo el arte como indicio, la transformación de la realidad. Eran los tiempos que corrían entre su *Paz para Sebastián Acevedo* (1985) y *Cautivos* (1989). Lotty ya había recibido el Premio Especial del Jurado de la Primera Bienal Internacional de Video de Tokio. La segunda ocasión en que nos encontramos tuvo lugar apenas despuntaba esa infinita transición de verdad a medias sin justicia, cuando las letras y las artes seguían sacando la cara por la dignidad, y en momentos en que nombres como los de Poli Délano, José Balmes y Gracia Barrios nos regalaban de nuevo ese hermoso lazo interdisciplinario que recordaba al país que había una vida entera por cambiar. Una dimensión de esas conversaciones iba a desembocar más tarde en elocuentes expresiones sintetizadas por la artista en intervenciones sonoras como *Estadio Chile (I, II y III)*, de 2009.

Tras unos años, coincidimos en el marco de una nueva aproximación a su emblemática acción de arte *Cárcel Pública* (1985), décadas después de realizada, cuando yo ya llevaba un buen tiempo haciendo clases a las presas del Centro Penitenciario Femenino de Santiago. Un día les leí a esas mujeres privadas de libertad un poema de Belinda Zubicueta, la última prisionera política de la dictadura que seguía siéndolo en democracia. Oían en respetuoso silencio. Apenas terminé, les mostré un registro fotográfico de *Cárcel Pública*, y la emoción allí, en ese horroroso encierro al que las élites han condenado a la población más humilde, se hizo infinita; tan infinita como la línea trazada en las calles por Lotty Rosenfeld para echar abajo esa distancia impuesta entre creador y público; para fundir, en fin, en un acto inagotable, oxigenado por brotes libertarios, todas las veredas del mundo.



La poesía inédita de Pavella Coppola

Licenciada en Arte en la Universidad de Leipzig, Pavella Coppola ha cursado estudios de Doctorado en Estética en la U. Alexander von Humboldt, en Berlín, y en Filosofía, en la U. de Chile, mientras su quehacer literario se despliega en diversos géneros. Autora de poemarios como *La buscadora* (2001) y ensayos como *Boceto del desborde* (2006), nos obsequia los siguientes versos, aún inéditos, que darán forma a su libro *Mapa de Quirilluca*.

No venga la sangre silenciosa

esta hora apenas ha sido en esta casa
no hay hábito, murmullo bajo el damasco
no venga el vacío antes de la puerta
la mancha en el cemento dormido antes del roce.
No venga el vacío encima de la lengua
no apresure el verde grito
no regrese esa misma gota
no levante mi párpado, yo ya me he ido.
No venga la sangre por detrás y añada rojo al último silencio.
Fijará una dirección peculiar la madrugada para cerros, destinos.
Todo será tibio, una mano dormida en la tierra del patio
la piel indecente en el inicio de la ventana
la diagonal del huracán en tu pie descalzo
cuando ignoremos la puerta cerrada.
No venga otra vez más sangre, mira:
el techo plano sin pájaros,
el sol acostado encima del odio,
la directriz inacabada del relámpago,
mi mano en nuestro naranjo.
No venga la sangre silenciosa a fingir el umbral destartalado,
la olla infinita, el resguardo del buscador encima del tronco.
La casa huyó. Yo hui en ella.
Echamos al agua un puñado de arena,
el porvenir del latido en el corazón del viento.

Los mapas cantan la noche

Regresas con una piedra entre la mano
complicas ríos
la cicuta la selva el grillo la niebla
nada gira como la amapola lanzada a la sangre, mapa arrugado.

En medio de las sombras
las bocas murmuran saliva cercana, fogosa arriba
cercando la lujuria de los caídos.

Nada de sangre en el camino bestial de hombres entumidos, ni de madres antiguas.

En las mareas dormidas los pájaros no llegan,
ni los barcos destruidos disipan espumas con nombres extranjeros.

Los mapas hundieron la diagonal,
cantaron la noche,
conspiraron el amor en el vientre del tronco brumoso,
circundaron el vestigio inacabado de la penumbra para amordazar una soledad que presenta esta mañana.

Bestias simulon quijadas cuando el miedo dispó la estrella en el nido.
Bestias abrieron el corazón volcánico, enredaron todas las nubes en sus manos.
Bestias revisaron el mapa, cercaron el mar.
Bestias encima del cerro, el primer día, el primer camino.

Y, siempre hubo un mapa,
una caligrafía ordenando el corazón,
este viento, este mar.

Será la niebla humana, la calle, el beso enrabiado en el mapa secreto.
Será súbita la sublevación en el humo de jóvenes,
será jocoso el pelo con su viento y la coordenada de venus, será.
Será un brillo en el pasto,
la casa estrecha o amplia o el gato malhumorado,
allá

el signo que esperamos.

Bestias vinieron en medio del tiempo. Aún revisan la ternura nocturna.

El mapa,
su arruga,
el corazón,
en medio de la fuga.
No hay norte, ni estrechez.

Ay, de los guerreros.

Un mapa arrugado en el mar vaticina el beso.
Un mapa arrugado vaticina la sangre.

Será la traición del corazón herido, el tiempo asustado,
la memoria equívoca fustigando la intemperie.
Será otra traición mil veces para arrancar el corazón del mapa con su diagonal y venus, allá arriba.
Será el camino de los hombres,
los vientres redondos,
las lágrimas,
mil años terrestres, el fósil sideral,
la circunferencia anunciada rozando apenas un simple golpe en la puerta de una vida cualquiera.

Acá la nieve en el dedo despierta el rasgo anticipado,
pero Gallico retorna.
Y, otro papel.
Y, otra naranja.
Un cerro, un olivo.

Mi hermano musitó algo, mientras las estrellas abrían fuego.
Las bestias lo abrazaron.
Plétora la distancia de las gaviotas husmea el mapa.

No se duerme esta tarde, dijo el arriero.
No se fornicaba esta mañana, dijo el hombre.
No se descansa en el umbral de la muerte, hablan los dioses.

Pavella Coppola

La otra venganza

*-Tiene usted una intuición asombrosa. ¿Ha pertenecido a la Obra?...
-Tenía olfato para detectar a gente del Opus hasta los años setenta.
Luego ustedes cambiaron de desodorante.*

Manuel Vázquez Montalbán. Roldán, ni vivo ni muerto.



Los motores y bocinazos de los automóviles encubrían mis pasos al acercarme. Me ayudaba ese ruido del ajeteo navideño. Caminé sigiloso, evitando resbalar en esa vereda adornada por motas de aguanieve. Años buscándolo. No me podía convencer que fuera él. Me oculté tras un cartel publicitario y en la penumbra del atardecer, pude observar al viejo sin que me descubriera. Su cuerpo largo y enjuto yacía acostado, con la cabeza reposando en un cojín despanzurrado que alguna vez debió tener colores. La barba encanecida, no lograba disimular sus rasgos angulosos y menos su nariz de águila. Era él, su odiado rostro no había cambiado tanto.

El miserable se enderezó un poco murmurando mientras su diestra hurgaba en su desflecada mochila. Sacó un resto de pan, parecía no haber más comida en el zurrón. Me alegró pensar que era muy poco para soportar la noche, sobre todo una tan fría. Eran más de las veintitrés horas, y ya había pasado el último tren del Metro por debajo de la rejilla metálica que usaba como cama. No habría para él más vaharadas de aire cálido subiendo desde los equipos y ductos del subterráneo. Quizás en esos momentos añoró la calefacción del asilo clausurado el mes anterior por falta de presupuesto. La maldita crisis que retrasó mis pesquisas.

Había encontrado su pista por casualidad, después de dar por perdidos los años de visitar cuarteles de policía, repartiendo esa foto de él que recorté de aquella en la que aparecíamos los dos, recién incorporados a La Obra, posando para la pobre Ester en el día de nuestra graduación, alzando nuestros diplomas de licenciados en teología de la Universidad Católica Balagueriana, sonriendo, y pensando que nuestra amistad perduraría incluso después de que la muerte redujera nuestros cuerpos a humus y fuegos fatuos, con nuestros espíritus ya acompañando al Señor en su gloria.

Sospecho que miembros de La Obra usaron su influencia en la policía para dilatar la búsqueda. Él era muy cercano al obispo Maniere, y el prelado tenía familiares en el alto mando del brazo corrupto de la Ley. Al Opus le convenía que el incómodo asunto se diluyera en el tiempo.

Todo el mérito de haber dado con el rastro recaía en aquel hombre hediondo y mal vestido, que un par de meses atrás me había sorprendido mirando la foto de mi obsesión pegada en un poste. “Se parece a Benito”, me dijo el pordiosero apuntando al flaco y espigado graduado que aparecía en la instantánea, y luego añadió “compartíamos un rincón bajo la escalera, en el asilo del barrio de Las Tres Calles”.

Varias vueltas desde que encontré ese asilo, hasta llegar por fin a observar al supuesto Benito, que luego de comer su último trozo de pan sin desperdiciar migas, recostó la cabeza y se arrojó con las mantas grasientas y oscuras por el smog de la ciudad contaminada. El sueño comenzó a llegarle de a poco, interrumpido a ratos por las luces del gigantesco árbol de Navidad instalado por el municipio a pocos pasos de su pocilga. Con la modorra y el trasiego arrullador de los que volvían a sus hogares con las últimas compras, se le debe haber ido quedando atrás el dolor de esa pierna que lucía gangrenada. Supuse que tendría un mal dormir, entre el frío, el dolor, el ruido, y el miedo al día siguiente.

No lo había vuelto a ver desde el día en que apuñaló a Ester. Su último recurso para impedir que ella se casara conmigo. Celos sin asidero. No se puede decir que hubieran sido novios siquiera. Fueron solo las ilusiones de él contra los deseos de ella. Luego de ese momento de debilidad y alcohol, esa única vez que se besaron, cuando él la acompañó a su casa luego de mi fiesta de cumpleaños, Ester nunca más alimentó sus esperanzas. En cambio, mi relación con ella se fortaleció desde ese día en que le declaré mi amor, poco después de aquel cumpleaños.

Entonces tuve una gran

idea. Tomé el puñal que por décadas había llevado conmigo, desde esa horrible fecha en que me arrebató mi mujer y la fe. Cuando me aseguré de que el infeliz dormía, me acerqué de a poco, en puntas de pie, y cuando estuve a su lado, dejé el arma junto a su mochila, envuelta en un papel, que seguramente leería, si es que llegaba a despertar alguna vez. Una nota con la que sabría que era yo quien le dejaba aquellos mensajes: el puñal como recuerdo de su crimen, cubierto por la frase que me rondaba desde que supe de las condiciones en las que malvivía mi examigo: “Es preferible que la pobreza sea sórdida y no mediocre”, seguida de la acotación: “Tú ahora debes saberlo bien. ¿O no?”.

Bastaba con eso. La venganza que tantas veces soñé: el puñal atravesando sus carnes magras, habría sido un regalo para el viejo en ese momento. Mejor dejarle ese trabajo a las bacterias. Creo que Dios, si es que existe, seguramente lo preferiría de ese modo.

Eduardo Contreras Villablanca

El legado de Juan Vargas Cisternas

Nos ha dejado el generoso maestro, poeta y ensayista Juan Vargas Cisternas. Director del Colegio York en la comuna de Peñalolén y miembro activo de la Filial Ñuble de la Sech, abrazó las más diversas formas de comunicación para promover las letras y la cultura en el país, ya sea desde la docencia, la conducción de programas radiales, la articulación de talleres literarios y la exploración analítica de la obra de otros autores. A las nuevas generaciones lea su ineludible compromiso con la realidad; la ternura de su pedagogía y, desde luego, versos como estos:

Suceder

No quiero suceder
muriendo en tus ojos en tus sentimientos en tus ideas
en los frágiles instantes de tu pensamiento
cuando se convierten solo palabras tantos sueños.
No quiero suceder
muriendo en los rincones deshojados de los libros
ni en los barrios deshabitados de existencias
ni en el cotidiano hacer del hastío
sólo quiero suceder
en tu presente desafiando al tiempo.

Tan lejos del aliento cósmico

Tan lejos del aliento cósmico
desesperado abrazo la distancia
para coger tu sonrisa
y alentar el sueño de volver
la esperanza a nuestro cuerpo
y derrotar sin vacilaciones
esta sangre que se congela
con el consumismo del presente
donde son escasas las palabras
y se agota la respiración
en el rito diario de convertirnos en sombras
alejados del sol.

Ayer venías vestida de distancia

Ayer venías vestida de distancia
con la mirada de nostalgia
tu sombra traía un adiós sin retorno
tu sonrisa confundida con la brisa
llenaba de ausencia la tarde.
Ayer venías vestida de distancia
traías en tus labios palabras lejanas
que sólo el silencio comprendió.
Ayer venías y todo fue una despedida.



A la izquierda: La guardiana de las fuentes, de Leonor Fini.